



Mi amor con Ciro Alegría*

My love with Ciro Alegria

Dora Varona

COMO NOS CONOCIMOS

Yo hacía pocos meses que había regresado de España. Residí en Madrid con mi madre, como becaria del Instituto de Cultura Hispánica, honor que obtuvo mi primer poemario *Rendija al alma*, editado en La Habana en 1952. Mi libro *Hasta aquí otra vez*, escrito en España, obtuvo la elección de don Vicente Aleixandre, Presidente del Jurado en el “Concurso Adonais de Poesía”, realizado en Madrid en 1955 y fue editado con el N° 120 de esta prestigiosa colección. Traía varios álbumes llenos de elogiosas críticas que confirmaban mi vocación. Otros álbumes contenían mis entrevistas a grandes figuras de la España de Franco: don Ramón Menéndez Pidal, erudito Presidente de la Real Academia de la Lengua Española; José Martínez Ruiz, más conocido por “Azorín”, ensayista y novelista; Jacinto Benavente y Antonio Buero Vallejo, dramaturgos; Pío Baroja y Camilo José Cela, novelistas; Salvador Dalí, pintor surrealista; Gregorio Marañón, médico, ensayista y biógrafo; Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Leopoldo Panero, Carlos Bousoño, José Hierro, poetas. Y muchos otros más, lo que haría esta relación demasiado extensa.⁽¹⁾ Yo era estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid y de la Escuela Oficial de Periodismo.

Al llegar nos fuimos directamente a Santiago, mi

ciudad natal y lugar donde residían mis hermanos Arnoldo y Ricardo. Mi hermana María Julia vivía en otra ciudad. Allí, en reunión familiar, decidimos que para mi carrera literaria era mejor el ambiente de la capital; así que días después viajamos a La Habana mi madre y yo. Alquilamos un pequeño departamento en El Vedado y lo amoblamos con sencillez y buen gusto. Vivíamos de la pensión que nos dejó mi padre al morir. El había sido profesor, periodista e inspector de la Aduana de Santiago.

Desde que llegamos supimos por los periódicos y la radio que residía en Cuba el famoso escritor peruano. Mi especial fervor por los maestros de las Artes y las Letras alentó mi deseo de conocer a Ciro Alegría. En cuanto a mi vida de entonces puedo decir que era sana y sencilla. Leída, escuchaba música clásica, ayudaba a mi madre en las labores del hogar y daba los últimos toques a mi tercer libro titulado *Bajo Dios*. Recuerdo que por aquellos días atravesaba por una etapa mística que me hacía sentir poseedora de un feliz estado de gracia. Fue entonces que envié mi libro *Bajo Dios* a un Concurso de Poesía a la Universidad Autónoma de México, que ofrecía una beca de estudios. Mi madre, que ya estaba acostumbrada a que le diera ese tipo de sorpresas, después de saber la noticia de que se me otorgaría la beca, decidió que viajáramos a Santiago de Cuba para arreglar los documentos y alquilar nuestra casa.

* Por gentil autorización de la escritora Dora Varona, viuda de nuestro ilustre compatriota, reproducimos las partes pertinentes relacionadas con el tema, contenidas en su libro “Ciro Alegría y su sombra” (Lima, Editorial Planeta S.A., 2009). Las gestiones previas las encargamos al poeta y promotor cultural Santiago Aguilar. El título es nuestro, en base a una adecuación del capítulo III de la mencionada obra: “Madurez, amor y muerte”.

El día 23 de agosto de 1956 fui invitada por mi amigo de la infancia Guillermo Orozco a un cóctel organizado por los alumnos del cursillo *La Novela y su Técnica*, en homenaje a Ciro Alegría. Al llegar a la Barra Bacardí, donde se ofrecía el cóctel, algunas personas vinieron a saludarme y luego me condujeron hasta el novelista. Confieso que sin haberlo visto antes yo habría podido identificarlo. No sólo por ser el único hombre mayor entre los asistentes, Ciro tenía cuarentisiete años; estoy segura de que si lo hubiera visto en medio de un grupo de personas importantes, no me hubiese equivocado tampoco. Tenía un algo indescriptible que lo hacía diferente. Si fuera a referirme únicamente a lo físico, diría que era su monumental cabeza, erigida sobre un rotundo cuello, más ancho y alto de lo que merecía el resto del cuerpo. Era aquella la cabeza de un hombre notable.

Estreché su mano, suave y blanda, mano de escritor. Me habló diciendo que había asistido a mi recital del Ateneo de La Habana; pero que había llegado tarde, cuando ya estaba terminando el acto, como era su pésima costumbre; que quiso acercarse a saludarme, pero como yo estaba rodeada de admiradores él pensó: —Ya habrá tiempo para conocer a esta chiquita— y se retiró.

Su franqueza la celebré con mi espontánea risa de cubana. Apenas sonrió y yo analicé su rubicundo rostro, tocado de hirsuto cabello gris. Tenía la nariz aguileña, los ojos huidizos y la boca pequeña, entre tímida y burlona. En un momento dado le pregunté por el Perú y no hubiera podido decir un “ábrete Sésamo” mejor a su elocuencia. Creo que fue como tocarle el corazón. Comenzó a hablar a torrentes de su patria, con una especial añoranza y me reveló su herida de deportado. Todo el tiempo, desde que nos presentaron, estuvo fumando. Tenía una aureola de humo que lo seguí en cada movimiento. También, desde que entré al salón, vi una copa de daiquiri en su mano. Los mozos se sentían obligados a servir al maestro y le ofrecían otra. El cambiaba de copa y seguía conversando. Observé que las manos le temblaban levemente al llevarse a la boca el cigarrillo o el trago. Este estremecimiento se repetía, de vez en cuando, en su cabeza. Viendo que América era el único tema del cual hablaba, se me ocurrió preguntarle:

—¿Conoce Europa, maestro?

—No, pero Europa me conoce a mí. —contestó como quien se defiende.

Volví a reír, esta vez algo desconcertada. En eso se acercó una alumna, conocida mía, y tomándolo del brazo le dijo en tono de mimoso reproche:

—Ciro, esta reunión no es sólo para ustedes dos.

Y se lo llevó. Me extrañó que lo tutelara. Al no poder conversar con Ciro Alegría, perdí todo el interés en las demás personas. De vez en cuando lo buscaba con la mirada y encontraba sus ojos. Creo que él tampoco estaba a gusto. El exceso viciaba el ambiente. Como yo no bebo ni fumo, me sentí fuera de lugar y decidí marcharme. Al despedirme del maestro y estrechar su mano me dijo:

—Quiero verla de nuevo.

Sonreí halagada por el cumplido y me retiré. Cuando ya salía, acompañado por Guillermo Orozco, una profesora de la universidad me obsequió una beca para el cursillo de Alegría, próximo a iniciarse. Mentiría si dijera que aquella oportunidad de ser su alumna me produjo un interés desbordado. Yo tenía mi mundo, mis propios triunfos, y había sido discípula de eminentes figuras de las Letras. De todos modos, era una buena oportunidad de ampliar mi curriculum y decidí asistir al cursillo de verano.

El novelista resultó un profesor ameno. Su cultura era vivencial y adquirida mediante una gran devoción por la lectura. Descubrí su honestidad cuando dio a conocer sus limitaciones y esto me creó una admiración mayor por el hombre que sufrió persecución, cárcel y exilio por sus ideales políticos; pero aún así se superó como autodidacta hasta un dominio impecable del idioma. Nuestro profesor relacionaba todo lo que exponía con sus propias experiencias. Esto me comenzó a agradar especialmente. Todos nos dábamos cuenta y lo comentábamos. Sinceramente, me atraían más sus clases cuando se volvían autobiográficas y tomaba notas con mayor entusiasmo. El curso de Alegría al que asistí fue *Problemas fundamentales de América Latina*. Las apreciaciones sobre el curso eran generalmente favorables; no así las que se referían al aspecto descuidado del profesor. Una de mis compañeras comentó una vez un detalle penoso:

—Parece que el maestro es un hombre muy pobre, desde que empezó el curso siempre ha venido con la misma ropa.

Ciertamente, tenía un solo traje gastado de color marrón y una corbata a rayas negras y rojas que lloraba a gritos sobre el conjunto. Cierta día entró al salón un poco retrasado, saludó y se volvió de espaldas para

escribir en la pizarra el título del tema a tratar. Nuestra sorpresa fue ver que el profesor tenía roto el pantalón en las posaderas. El desgarrón era en forma de siete y dejaba ver la prenda interior y algunos vellos sobre una piel blanquísima. Los estudiantes empezaron a reír solapadamente. Entonces uno de ellos se le acercó y le dijo al oído el motivo del desorden. Ciro alegría sonrió y con toda naturalidad comentó:

—Ah, caramba, yo soy muy distraído y me pasan cosas. Ayer se me enganchó el pantalón en una gualga⁽²⁾. Así que fui derecho a la tienda y me compré otro; pero esta mañana, al vestirme, olvidé el nuevo y me puse el roto.

Todos celebramos la simpática confesión y la clase continuó normalmente. Era interesante considerar la vehemencia que usaba para destacar los defectos de los conquistadores, la República, las oligarquías, las tiranías y las democracias en América Latina. A Ciro le faltaban dos meses para cumplir cuarenta y ocho años pero aparentaba diez más. Yo acababa de cumplir veintiséis y era consciente de que mi verdadera belleza no era la física, sino la espiritual; aunque los hombres al pasar me dijeran lo contrario.

Las tiranías en América Latina fue uno de los temas que desarrolló con más pasión. Los alumnos polemizamos sobre esto durante muchos días. Escuchábamos sus charlas arrobados, sintiéndonos en total acuerdo con sus reveladoras enseñanzas. El tema era peligroso en la Cuba de entonces, pero él supo manejarlo con maestría que no excluyó la crítica precisa al gobierno de Fulgencio Batista. Cuando ya faltaba poco para terminar el curso, recibí un cable de México en el que se me informaba la fecha en que comenzaban las clases en la Universidad y que ya estaba matriculada; así que mi madre y yo resolvimos regresar a La Habana. Me despedí del profesor con pena, porque me había crecido una profunda admiración por él. Como en muchas otras ocasiones en que tuve el honor de ser discípula de una gran figura, conseguí un fotógrafo y me hice tomar una instantánea, sentados ambos en una banca de la Universidad. Al despedirnos, Ciro Alegría solicitó mi dirección en La Habana, alegando que pensaba ir por la capital en esos días. No sé si le creí. Confieso que en esa ocasión mi intuición me traicionó, pues se la di sin imaginar siquiera que lo volvería a ver.

Llegamos a La Habana y comenzamos las idas y venidas para tramitar los documentos necesarios que nos permitirían viajar. Tres días después, como a las

seis de la tarde, tocaron el timbre y fui a abrir. Era Ciro Alegría, con su traje marrón y su corbata a rayas negras y rojas. Me alegré sinceramente de verlo. Fue una sorpresa que compartió mi madre. Nosotras hacíamos una vida muy metódica, nos acostábamos a leer a eso de las nueve de la noche. Esa velada fue diferente porque el profesor no se iba, y tuvimos que invitarlo a cenar y luego siguió contándonos su vida hasta las doce de la noche. Recuerdo que mamá cabeceaba y bostezaba. Yo era joven y me sentía embelesada con las historias de mi profesor que hubiera seguido escuchando hasta el amanecer su voz grave, cargada de recuerdos y melancolía.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, volvió a sonar el timbre... Sí, era él. La tertulia se alargó nuevamente hasta las doce de la noche. Mi madre me rogó que la próxima vez le dijera que en Cuba no era costumbre que dos mujeres solas recibieran la visita de un hombre hasta tan altas horas de la noche. Al otro día le comuniqué esa advertencia, mas no hubo caso, mi profesor siguió viniendo unos dos días más y quedándose hasta la misma avanzada hora.



Ciro Alegría y Dora Varona, en la década del cincuenta.

A estas alturas de nuestra amistad, ya sabía que era divorciado por segunda vez, que tenía dos hijos de su primer matrimonio y conocía historias y anécdotas de su infancia, su adolescencia, su dramática juventud y a casi todos sus familiares. Sabía también de sus grandes triunfos literarios con sus novelas *La serpiente de oro*, *Los perros hambrientos* y *El mundo es ancho y ajeno*. Esa noche quedamos en visitar el Museo de Bellas Artes al día siguiente en la tarde. Casi no dormí. Me levanté temprano y me fui a comprar un vestido nuevo. Quería que el maestro se enamorara de mí. El vestido era celeste con lunares blancos. Yo sabía que realzaba el fresco encanto de mi juventud. Con mi larga cabellera perfumada al viento llegué hasta el umbral del Museo unos minutos antes de las tres de la tarde. A la media hora yo estaba angustiada y con deseos de irme. Tal vez debí hacerlo, pero una fuerza superior me plantó allí, sin otro pensamiento que verlo aparecer. A las tres y cuarenticinco lo vi bajar de un bus en la esquina. Al creer que me miraba me sentí bella, aprobada. Cuál no sería mi sorpresa cuando Ciro Alegría pasó por mi lado, siguió caminando, se detuvo en la esquina siguiente, sacó un cigarrillo, lo encendió y se puso a echar humo. Quedé anonadada. Reaccioné y caminé a la esquina.

—Ciro, soy Dora Varona.

—Ah, chiquita, llegas tarde—me dijo molesto.

Al cuarto día me llevó un hermoso volumen de su novela *El mundo es ancho y ajeno* dedicado: “A Dora Varona, este libro mío que la hará conocerme mejor”. Me extrañó su ego. Esa noche se despidió diciendo que al día siguiente viajaría a Santiago de Cuba, pues había firmado en La Habana un contrato con la Casa Bacardí, fabricante del famoso ron, para que escribiera la historia de la familia con motivo de la celebración de los cien años del descubrimiento de la fórmula. En esa ocasión recuerdo que comentó con mucha pena:

—Soy un escritor obligado a producir un libro por encargo para una empresa comercial. Esto es lo que ha logrado la Editorial Diana de México. Ellos han pirateado mi obra y son los culpables de mi pobreza.

Al hablar del nuevo libro que le urgía escribir, me comentó su necesidad de una secretaria. Le recomendé a mi amiga la periodista Nydia Sarabia, en quien confiaba plenamente. Cuando estreché su mano y le deseé un feliz viaje, sentí una profunda ternura por aquel hombre bueno que me había honrado con la historia novelesca de su vida y me contuve para no abrazarlo.

En los días que siguieron, su imagen y sus historias eran ya parte de mi vida cotidiana y, al atardecer, anhelaba que sonara el timbre para recibir a aquel hombre fascinante, al que presentía en la más absoluta soledad. A propósito, en su segunda visita él me había puesto en las manos, como una confidencia más, un poema titulado *Apología de la soledad*. Sus palabras me estremeron dolorosamente y algunos versos se me quedaron en la memoria, unidos a la fisonomía gris del maestro que afirmaba: *Soledad que eres patria de los fuertes, besadora implacable de mis sueños...*

Pasaron varios días en los cuales traté de continuar mi libro y mis gestiones. Algo había hecho que mis planes perdieran interés. No sentía ya la necesidad de correr para irme pronto. Una tarde sonó el timbre y yo escuché saltar mi corazón en una forma extraña. Corrí a la puerta intuyéndolo todo. Allí estaba mi profesor, elegantemente vestido de gris oscuro, con espléndida corbata a rayas grises y azules. Traía una pequeña caja envuelta en fino papel de regalo y en la boca una sonrisa satisfecha.

—Seguro que no esperaba verme más. Pensaba que se había librado de mí... Pues mire qué pronto he vuelto...—me dijo.

Estreché su mano y lo invité a pasar mientras le expresaba la sorpresa que me producía su elegancia. Él estaba radiante. Mi madre salió también haciendo expresivos elogios de su atuendo, mientras mi profesor repetía graciosamente:

—Estoy platudo. Vengo para que me exploten.

Celebramos con humor su ocurrencia. Ciro se acercó para entregarme la pequeña caja. La abrí emocionada. Era un finísimo perfume francés. Repitió su invitación, esta vez aclarando que deseaba que saliéramos a cenar. Mi madre se disculpó. Mi profesor, al salir a la calle, quiso que tomáramos un taxi. Le dije que me encantaba caminar. Yo era desconfiada y lo sabía pobre, a pesar del contrato reciente. Recorrimos parques y avenidas conversando. Explicó que la Casa Bacardí le había hecho un buen adelanto al firmar el contrato. Entre esto y lo otro, me pidió por primera vez que nos tuteáramos. Acepté halagada.

Por el camino encontramos un restaurante que le era conocido y decidimos quedarnos. Ciro conversaba animadamente. La cena estuvo espléndida, remojada con un costoso vinillo que apenas probé. Ya de sobremesa comenzó a hacerme preguntas como interesándose, por primera vez en todo aquel tiempo, por saber

algo de mí. Una de ellas fue bastante indiscreta sobre mi vida sexual. Me sentí ofendida. Él presintió mis razones y le nació una sorpresa que rayaba con la incredulidad. Su actitud me pareció burlona por lo que corté el tema manifestándole mi desagrado. Viendo su insistencia hice lo posible por cambiar el curso de la charla y lo incentivé a que hablara de él. Como esto le agradaba muy especialmente, habló largo de su vida.

Hubo un instante muy hermoso, cuando me dijo:

–Dora, tú eres *La niña de la lámpara azul*.

Y me recitó los versos del poeta peruano José María Eguren. Aquel mensaje lírico iba dedicado a mí. Me estremecí de dulces presentimientos. A las diez de la noche yo insistía en que debíamos regresar y él en que era demasiado temprano. Por fin me acompañó hasta mi departamento. Al despedirse, ofreciendo volver al otro día, me tomó por los hombros y bruscamente me besó. ¡Vaya noche tan larga... no logré pegar los ojos!

Al día siguiente tenía una extraña sensación de ausencia. A madre le inquietó mi silencio. En la tarde comencé a arreglarme desde muy temprano con un esmero especial. Tenía el corazón dando saltos entre el reloj y el timbre de la puerta. Era el 30 de octubre de 1956. Esa noche nuevamente salimos a cenar; esta vez fuimos a un restaurante llamado “El Bambú”, que recibía ese nombre por hallarse en medio de un bosque de bambúes. En el enorme jardín había un puente sobre una exigua corriente. La cena fue deliciosa. La orquesta era buena. Yo adoraba el baile, él no; pero me hizo creer que sí y pasamos una velada maravillosa. Cansados de bailar boleros y guarachas, que eran ritmos de moda, salimos al jardín y caminamos hasta el puente. La noche era clara, una típica noche habanera.

Ciro retornó el hilo de su historia y me habló más confidencialmente de sus dos ex esposas y de sus hijos del primer matrimonio, a los que dejó de ver cuando apenas el mayor comenzaba a caminar y el menor a sonreír. Me tuvo en suspenso un problema de faldas que describió así: “hay tres cubanas que están enamoradas de mí, esto se me ha ido enredando y la verdad es que no sé cómo salir del lío”. La afirmación me pareció presuntuosa, sin embargo traté de comprenderlo, imaginando la realidad de un escritor de la fama de Ciro Alegría. Explicó que una de ellas vivía en Camagüey, otra en Santiago y la más agresiva y celosa en Nueva York. Mi sorpresa se desbordó al saber el nombre de la joven de Santiago, se trataba de una amiga mía. En el fondo

del corazón me preguntaba “si se comporta conmigo como un enamorado, ¿por qué tiene que contarme estas cosas? ¿Será para demostrar algo que no logro entender?”.

Mi ser se debatía en reconditeces, tratando de elevarse hasta una estatura de sensibilidad que me permitiera comprender aun en aquel oscuro aspecto a tan extraordinario hombre. Me tranquilizó totalmente el tono que empleó al referirse a la enamorada de Santiago. Según él, lo único que había hecho era visitarla con cierta frecuencia, por lo que ella se había ilusionado. La definió como “joven e inexperta, con una ingenua sensibilidad provinciana”. Para resumir los tres asuntos expresó que eran “males necesarios para sobrellevar la soledad”. Luego, sin que ninguno de los dos le diera demasiada importancia a estos enredos, pasó a hablar de nosotros. Después de dar muchas vueltas sobre su necesidad de tener en quién creer, en quién tener hijos que lo quisieran, quién lo ayudara en su trabajo, quién compartiera con él el peligro de sufrir un atentado del partido político al que renunció, fue llevando sus palabras hacia la revelación de sus más íntimos recuerdos, sin pronunciar en ningún momento la palabra *amor*.

Aquella era una larga historia, emotiva y dramática que se envolvió alrededor de mi alma como una red tendida por el destino. Yo que siempre me sentí segura de haber nacido para algo grande, no dudé ni un instante ante la llamada de tan trágica a la vez que brillante existencia. Esa noche del 30 de octubre de 1956, Ciro Alegría me preguntó si estaría dispuesta a ser su esposa y acepté, convencida de estar descubriendo por fin la razón del presentimiento de que yo había nacido para algo grande. Muy tarde ya nos despedimos, y a la mañana siguiente regresó a Santiago. Desde entonces comenzamos a escribirnos misivas que he reunido en mi libro *Cartas de amor entre Ciro Alegría y su alumna*. En él se revela el comienzo de la historia del último amor de Ciro Alegría.

Lo que yo desconocía era que mi amiga había tomado muy en serio las visitas de Ciro, pues él la había ilusionado haciéndole sentir que la necesitaba. Curiosamente, Nilda tenía en ese entonces un enorme parecido con Rosalía Amézquita. La diferencia estaba en que era un poco más alta que él. Estoy segura de que él buscaba en ella una mujer más que lo admirara. Estaba acostumbrado a jugar con la devoción de sus alumnas, sin arriesgar nada. Jugaba con los sentimientos de

varias mujeres a la vez, así se sentía más seguro de no quedarse solo si alguna le fallaba.

Un día, por sorpresa, recibí la visita de mi amigo Carlos Amat, que residía en Santiago. Tan pronto llegó, vio sobre la mesa del comedor *El mundo es ancho y ajeno* y pasó las páginas hasta llegar a la dedicatoria. Luego de leerla comenzó a hablar de los amores de Ciro y Nilda. Quedé estupefacta. Contó que se paseaban abrazados por la Calle Enramadas. Escuché sin decir una sola palabra de lo que el escritor significaba para mí. Tan pronto se marchó, salí corriendo rumbo al correo y le dirigí este telegrama:

FINLAY HAV. 07 NOV. 56 (O.P) PON CIRO ALEGRIA
HOTEL REX - GARZON SANTIAGO CUBA
COMO LOS QUIERO A AMBOS Y AMBOS SE QUIEREN
NO PUEDO LUCHAR CON SOLO MEDIA VERDAD
CONTRA UNA MENTIRA ENTERA STOP
TE HAS ACOSTUMBRADO A MUCHAS PEQUEÑAS
COSAS QUE LOGRAN UNA GRAN NADA STOP
ME DOLERA TODA LA VIDA TANTO ENGAÑO.
DORA

Al día siguiente, 8 de noviembre de 1956, Ciro Alegría pedía mi mano a mamá, y comentaba con sorna:

—Es la primera vez que pido la mano de una mujer.

Recuerdo que mi madre preguntó cuándo creía posible la realización de la boda y él contestó:

—Para enero.

Todo iba bien hasta aquí. De pronto el pretendiente cambió su semblante, se puso extraño, desconfiado, como si hubiera recibido una terrible ofensa. Dijo que se iba, que tenía que sacar su pasaje para regresar a Santiago esa misma noche. Mi madre nos dejó solos. Le pregunté qué le estaba pasando y me contestó:

—¡Todavía hago este viaje para pedir tu mano y me vienes a tratar de usted, como si fuera un extraño, delante de tu madre!

No recordaba haberle dicho usted, pero tal vez se me escapó. Lo cierto es que mi madre sirvió algo para celebrar el acontecimiento y él comió y bebió sin hablar una sola palabra más. Al despedirse lo hizo como si fuera el amigo de aquellas sus primeras visitas, es decir, como si no se hubiera comprometido a hacerme su esposa. Tan pronto se marchó yo redacté unas notas que fueron publicadas el 16 de noviembre por el *Diario de la Martina*, *Alerta* de La Habana y el *Diario de Cuba* de Santiago, informando de la petición de mano. Sabía lo que esto significaría para el gran conquistador, cuando la de Nueva York, la de La Habana, la de Camagüey y la de Santiago se enteraran.



Con sus hijos Ciro y Alonso. Lima, 1957.

Desde que regresó a Santiago se dedicó a otra clase de juego que había practicado mucho en La Habana, la lotería. Pensaba que con el juego podría ganar el dinero que ya no esperaba obtener con sus libros. Cuba era por entonces el país del juego. Mientras tuvo dinero, Ciro frecuentaba en La Habana las casas de juego y probó en la ruleta, el póquer, las máquinas tragamonedas; la lotería nacional y las provinciales, las que se escudaban en el beneficio a los huérfanos, a los ciegos, a los ancianos. Compraba boletos de lotería varias veces a la semana. Se basaba en sueños, cábalas, recuerdos o sucesos del día para escoger los números. Ponía su pobre fe, de hombre sin fe verdadera, en que se volvería millonario y no tendría que hacer otra cosa más que vivir de rentas y consagrarse a terminar sus tres novelas. También escribiría una docena más que tenía en mente. El espectro de *El jugador* de Fedor Dostoievsky lo perseguía de día y de noche. La suerte le era esquiva también en el juego y apenas recobraba, de vez en cuando, lo invertido.

TODO POR UN HOMBRE SUPERIOR

El 12 de diciembre de 1956 viajamos mi madre y yo a Santiago. En el aeropuerto nos esperaba un Ciro Alegría nervioso y extraño, con un pequeño ramo de rosas amarillas en una mano. Yo esperé un recibimiento cálido, pero no lo hubo. Ciro vivía temiéndole al ridículo.

Al día siguiente, mi prometido me invitó a almorzar. Fuimos al Club 300, escenario frecuente de sus reuniones con Nilda, según decía en sus cartas. No me opuse. Sabía que era el único restaurante bueno de la ciudad. Yo esperaba demostraciones que me confirmaran todo lo que mi prometido había dicho en sus cartas. Fue grande mi sorpresa cuando el pequeño comedor a media luz se convirtió en un confesionario en el que, sin esperar absolución, el escritor comenzó a revelarme la situación enmarañada de dos de sus relaciones amorosas, que había cultivado a la vez que me escribía bellas cartas de amor. Aquellos problemas que yo suponía resueltos, habían crecido. De nuevo incidió en la venida para la Navidad de su amiga Lily y mencionó lo ocurrido con Nilda como algo lamentable, pues la noticia publicada de mi petición de mano la había herido mortalmente y que para él no había sido más que una mala jugada mía, totalmente innecesaria. Traté de soslayar el tema, pero él lo buscó angustiada. Llegó el momento en que me sentí asfixiada. ¿Acaso lo hacía para que me arrepintiera de haber venido? Cuando me enamoré de Ciro, ya nada de mi vida intelectual me volvió a interesar. Obligué a mi madre a devolver el apartamento y a vender los muebles recién adquiridos, para regresar a Santiago de Cuba. Como la casa nuestra estaba alquilada, tuvimos la oportunidad que nos dio mi hermano mayor, Arnoldo, de residir en su casa de campo, situada a media hora de Santiago, en el poblado de San Vicente. Además, yo había renunciado definitivamente a la beca de México, es decir, que me había cortado las alas de la superación intelectual a cambio del matrimonio ofrecido por Ciro Alegría. Nada me volvió a importar a partir de mi respuesta afirmativa tanto como aquel futuro hogar junto a un hombre excepcional al que yo me había propuesto amar fielmente, hasta el último día de mi vida y de quien esperaba la misma respuesta, además de varios hijos.

Aquella manera mía de despreciar a tantos buenos pretendientes jóvenes, bien parecidos y adinerados, había sido causa de preocupación para mi madre. Ella llegó a pensar que no me interesaba el matrimonio. Fue la más sorprendida al ver que por Ciro Alegría yo estaba dispuesta a dejarlo todo, aunque era demasiado mayor para mí y el más pobre de cuantos se me habían presentado. La diferencia de edad era tan evidente que muchos pensaban que Ciro era mi padre, pues tenía los cabellos encanecidos y profundos surcos mar-

caban su frente, el entrecejo y los costados de su boca. Su forma de andar lo envejecía aún más. Tenía la espalda encorvada, los hombros caídos, principalmente el izquierdo y arrastraba los pies. Sin embargo, yo no veía nada esto que hoy reconstruyo. Sólo vivía para el deslumbramiento que me producía su talento. Era el primer hombre que me pretendía a quien yo podía rendirme intelectualmente, sintiéndolo superior. Amaba su humildad, la sencillez de su corazón. Yo admiraba los espíritus superiores, capaces de grandes renunciaciones, y Ciro era un hombre que decía: "A mí para vivir me basta una mesa, una silla, una cama, un libro y una bombilla de luz". Lo sabía lleno de amor por los pobres. Conocía su genial temperamento. Lo sabía sin astucia para defenderse de la maldad citadina, sin ambiciones materiales. Lo sabía ausente de este envilecido mundo, tratando de ser malo en el amor, para identificarse un poco con el resto. A pesar de todos los enredos amorosos de Ciro puedo afirmar que en él había una casi total ausencia de erotismo. La atracción del sexo era algo natural y noble para él. Lo podemos comprobar en sus obras, en las que la atracción entre el hombre y la mujer no es la fuente del placer sino el hado de la familia, el hechizo de la especie. "Los adolescentes se buscan y se unen sin complicaciones canallas y sin malicia".

Volviendo a aquel almuerzo del Club 300, confesaré que no fue ni remotamente lo que yo esperaba, pero estábamos juntos y lo estaríamos siempre. El venía cargado de decepciones a reposar en la pureza de mi juventud.

Todas las tardes viajaba hasta San Vicente a visitarme. Nos sentábamos en la sala si aún hacía sol, y tan pronto atardecía nos trasladábamos al corredor. Nuestras conversaciones más dulces trataban sobre el hogar y los hijos. El deseaba un varón o a lo más dos. El sexo del segundo no importaba mucho. Aunque consideraba que una hija era generalmente un problema. Para él un hogar era un lugar tranquilo en el cual escribiría grandes libros junto a una mujer sumisa, trabajadora, que cocinara muy bien y que sólo saliera a la calle en su compañía. Como estaba enamorada, sus definiciones me parecían deliciosas. Con los años ya no pensé así. Todas las noches cenaba con nosotras y se iba al paradero a esperar el último bus que pasaba a las once.

Un día se me ocurrió enseñarle mis álbumes de recortes de críticas, publicadas en diarios y revistas de España y otros países de Hispanoamérica. Los miró

con indiferencia. En eso cometí el terrible error de preguntarle:

—¿Y a ti cómo te ha tratado la crítica española?

¡Para qué dije aquello! En el tono más agresivo me recriminó por ser una pobre diabla, como para creer que la crítica española tuviera algún valor. Para él los verdaderos talentos de España habían muerto en la guerra civil o estaban exiliados en otros países del mundo. El hecho de que yo hubiera aceptado una beca durante la tiranía de Franco, le hacía hervir la sangre. Me sentí confundida. Y para terminar me lanzó al rostro:

—El gobierno de Franco me ha invitado y ofrecido bolsas de viaje para ir a España a dar conferencias, en dos ocasiones, pero mientras viva Franco nunca iré a España...

Se levantó con mirada torva y se marchó. A los quince minutos yo estaba en el patio de atrás jugando con unos niños vecinos a la ronda, cuando lo vi llegar de nuevo. Seguí jugando, como si no lo hubiera visto.

—Oye, yo creí que te iba encontrar llorando —me dijo.

Me sonreí y le seguí hasta la sala, sin hacer el menor comentario sobre el exabrupto. En el fondo comprendí

que estaba dolido de que aún la crítica española no hubiera dicho una sola palabra sobre sus obras. Todavía no habían sido publicadas en España. La más conocida estaba cargada de rebeldía y levantamientos de los pobres, por lo que había sido rechazada hasta entonces por la España de Franco.

El Lyceum de Santiago invitó al novelista a dar una conferencia. Él la tituló *Gabriela Mistral y yo*. El cronista del diario *Oriente*, Juan José Arrufat describió el acto: “Ciro Alegría dio una brillante conferencia sobre la insigne poetisa chilena, Premio Nobel 1945. Pudimos escuchar varias de sus poesías en la expresión exquisita de la atractiva Dora Varona, unas de las personalidades más valiosas de nuestro mundo artístico actual”.

En el estrado estuvimos los dos, compartiendo nuestra admiración por la gran escritora, ante un público que no sólo estaba allí para oír hablar sobre Gabriela Mistral, sino para ver al maestro y a la alumna, que eran la comidilla de todo Santiago.

Un acontecimiento editorial importante levanta el ánimo de Ciro Alegría al firmar contrato con la Editorial Aguilar de Madrid, para la edición de lujo de sus *Novelas Completas* en la Colección *Autores Modernos*. El contrato tiene fecha 27 de abril de 1957. El



Con sus hijos Cecilia, Ciro y Gonzalo. Lima, 1964.

novelista peruano lleva como compañeros de esta colección a Papini, Korolenko, Chejov, Waldo Frank, Henry James, Valle Inclán, Unamuno, Cocteau, Camus, Rilke, Remarque, Ferreira de Castro, Hugo Betti, Rómulo Gallegos, entre otros clásicos.

Todas las tardes, alrededor de las seis, que era hora de nuestra cena, llegaba el maduro novio a San Vicente. Los domingos venía antes del almuerzo y se quedaba hasta la noche. Hacíamos largas caminatas por el poblado, situado en las estribaciones de la Sierra Maestra. Yo deseaba estar asida a su mano o a su brazo, pero él evitaba las dos formas; aquello me decepcionaba y no lo entendía. Llegué a justificar, sin que él me lo explicara, lo de negarse a estar tomado de mi mano, por el temblor que las estremecía de tanto en tanto. ¿Por qué me rechazaba cuando yo me tomaba de su brazo? ¿Acaso le cansaba? ¿Temería que nos viera su anterior enamorada o algún familiar de ella? ¿Querría dar la sensación de andar sólo con alguna amiga para que no se supiera lo nuestro? Yo sabía que cualquier hombre habría estado orgulloso de llevarme de su brazo. Y, por otra parte, a San Vicente llegaba tan poca gente... ¿Entonces?

Nuestras charlas en el corredor eran profundas. El maestro había encontrado a una devota admiradora, cuya especial virtud era saber escuchar y saber preguntar. Pocas veces me daba oportunidad de hablar, mas cuando lo hacía, era para pedir mi opinión sobre algo suyo, no para que hablara de mí. Cuando hablamos de religión me dijo: "Creo en Dios, porque la Creación no puede ser resultado de la casualidad. Creo en Jesucris-

to como Hijo de Dios, porque Él así lo dijo muchas veces y si no fuera cierto, ya nada de lo que dijo e hizo podríamos creer". Sobre nuestro matrimonio religioso me dijo que era imposible, porque Rosalía le había dicho que ella se había casado por poder con él antes de viajar a Chile. Ya veremos más ampliamente esta historia, cuando llegue la ocasión. Un nudo de mentiras urdido por una mujer enamorada.

Yo tenía un vestido negro de tul con edredones de encaje holandés, amplia falda y cinturón de terciopelo negro, bordado en hilos de plata, que realizaban mi breve cintura de cincuenta y seis centímetros. Este vestido había pertenecido a mi abuela materna y tenía más de cincuenta años. Cada vez que me lo puse Ciro tuvo elogios para mí, cosa que no lograba con otros vestidos. Me decía:

—¡Ah, vestido nuevo! ¡Qué elegante estás! ¿Vas a una fiesta? ¡Me hubieras avisado para venir de smoking!

Uno de aquellos días me llevó a la ciudad, pues quería regalarme una sortija que fuera de compromiso y que a la vez sirviera para el matrimonio. Él mismo escogió mi solitario de brillante, montado sobre oro blanco. Una joya bellísima que mucho aprecio.

Nunca fuimos, durante el noviazgo, a ninguna parte. Yo me arreglaba, cada día, sólo para él como si fuera a una recepción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) Reunidos bajo el título *Los que no se fueron*.
- (2) Bus en Cuba.